

Arto Paasilinna

# Prisioneros en el paraíso

Traducción del finés de  
Dulce Fernández Anguita



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
Paratiisaaren vangit  
Weilin + Göös  
Helsinki, 1974

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* «Vegetation», Tamas Galambos / Private Collection / The Bridgeman  
Art Library

*Primera edición: noviembre 2012*

- © De la traducción, Dulce Fernández Anguita, 2012
- © Arto Paasilinna, 1974  
Published by arrangement with Werner Söderström Ltd. (WSOY), Finland
- © EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7851-6  
Depósito Legal: B. 26446-2012

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla  
08750 Molins de Rei

El avión daba tumbos en la oscuridad. Sobrevolábamos la zona marítima de Melanesia, en aguas del océano Pacífico. Habíamos sobrepasado el paralelo treinta y el Trópico de Cáncer.

En aquel momento, estábamos atravesando el cinturón tropical que rodeaba la Tierra. Pensé que en aquella zona la temperatura no baja de dieciocho grados ni siquiera en los meses más fríos. Hacía tres horas que habíamos despegado del aeropuerto internacional de Tokio.

Soy periodista. Un finlandés normal, un individuo cuya personalidad se caracterizaría por unos rasgos faltos de pretensión: educación mediocre, escasa ambición y una americana ajada. Tengo más de treinta años y soy el convencionalismo andante, cosa que de vez en cuando me irrita.

He escrito una cantidad colosal de artículos para diferentes medios de comunicación, muchos de los cuales han pasado ya al olvido al haber perdido su lozanía. Un artículo de actualidad es como una pista en la nieve: en el mejor de los casos, sólo hacen falta en invierno, la primavera se los lleva y en verano no queda ni rastro de ellos, ya no se necesitan y caen en el olvido.

Sobrevolábamos el Pacífico en un reactor Trident, en medio de una noche tormentosa.

El auxiliar de vuelo, un británico joven y de nariz larga, vino a sentarse a mi lado y comentó con naturalidad lo desagradable del tiempo y del meneo del aparato.

Le di la razón. Con sus incómodas sacudidas, el avión era como una coctelera llena de pasajeros. De vez en cuando, en la lejanía, un relámpago cruzaba el cielo, aunque no hubiese sabido decir si se trataba de relámpagos normales o de calor.

Me irritaba haber reservado mi plaza para ir a Australia justamente en aquel avión. Recordé que, hacía un par de años, un aparato del mismo tipo había caído cerca de París, y que, según los resultados de la investigación, el accidente pareció deberse a las características del motor. La compañía aérea había declarado algo así como que los estabilizadores horizontales del Trident habían tenido la culpa de la desgracia.

Y daba la impresión de que aquella misma tara afectaba ahora a nuestro aparato.

El auxiliar de vuelo sabía que yo era periodista. Me preguntó si trabajaba para los servicios de información de las Naciones Unidas. Cuando le respondí que no, me dijo que él tampoco y que la organización sólo había alquilado el aparato. El resto de los pasajeros, que en ese momento daban cabezadas en sus asientos, intentando dormir, eran enfermeras, comadronas, médicos y trabajadores forestales al servicio de la organización.

Le pedí al auxiliar que me trajese un vaso de zumo de naranja y él se levantó de su asiento, dispuesto a cumplir mi encargo. Pero en el último segundo cambié de opinión y le rogué que me trajese un whisky en lugar del zumo. Pensándolo bien, era lo mejor que me podía tomar con aquel sube y baja, añadí.

El auxiliar de vuelo sonrió y fue a buscarme la bebida. Al otro lado del pasillo viajaban dos mujeres con pinta de comadronas, las cuales me lanzaron una mirada de reprobación.

El auxiliar se sentó de nuevo a mi lado y durante media hora estuvimos hablando de esto y de lo otro. Daba la impresión de que la tormenta no hacía sino empeorar y el tipo se las vio y se las deseó para poder traerme una segunda copa. Él no tomaba nada. Procedente del asiento de delante, se oía un sonido leve, como de rascado. Al asomarme por entre los respaldos, vi a una rubia jovencita que se estaba limando las uñas. Al darse cuenta de que la estaba mirando, me guiñó un ojo con simpatía, pero no cruzamos ni una palabra.

El auxiliar de vuelo iba agarrado al respaldo del asiento delantero. El avión se agitaba cada vez más y yo me las veía negras intentando que no se derramara mi whisky.

Mi compañero se volvió hacia mí y me dijo en voz queda, para que los demás pasajeros no pudiesen oírle, que no tenía ni idea de dónde estábamos. Cuando le pregunté estupefacto cómo era posible, me contestó, aún más bajo si cabe, que, según él, el capitán tampoco tenía ni idea de adónde nos dirigíamos.

Añadió que no debería habérmelo contado, pero que, en realidad, eso no cambiaba nada: estábamos perdidos. Le sugerí que tal vez sería mejor hacer partícipe de la situación al resto de los pasajeros. El auxiliar insistió en saber si lo decía en serio, dado que él estaba totalmente de acuerdo. Y dicho esto se levantó y se dirigió hacia la cabina del piloto, dando tumbos por el pasillo.

Al cabo de unos instantes, la voz del comandante informó por los altavoces de que el aparato volaba a unos diez mil metros de altitud en dirección sureste, pero que, lamentándo-

lo mucho, no tenía ni idea de cuál era nuestra posición exacta. La dirección y la altura sí que las tenía claras, especificó.

Continuando con sus explicaciones, el comandante Taylor —así dijo llamarse— nos soltó una perorata con mucho estilo, y vino a decir que no se trataba de que estuviésemos perdidos en el sentido estricto de la palabra, pero que, debido a las excepcionales condiciones meteorológicas, nuestra localización era un tanto ambigua, aunque no había motivo alguno para preocuparse.

Rogó a todos los pasajeros que se abrochasen los cinturones y apagasen sus cigarrillos. Las azafatas procedieron a repartirnos cojines para ponerlos sobre las rodillas. A continuación, hicieron una demostración del funcionamiento de las mascarillas de oxígeno, indicaron la localización de las puertas de emergencia de la cabina y de los chalecos salvavidas. Palpé el mío bajo el asiento y pensé en lo horrible que sería tener que ponérmelo.

Le mencioné al auxiliar de vuelo que ya nos habían dado aquellas instrucciones antes de despegar en Tokio.

—Esto no quiere decir necesariamente que corramos peligro —dijo mi compañero con muy poca convicción. Por su voz comprendí que las cosas empezaban a ser preocupantes.

Me pregunté si llegaría a pisar Australia, donde tenía que realizar un reportaje que llevaba dos años preparando.

Estas reflexiones no duraron mucho. El avión se inclinó de mala manera hacia la izquierda. Yo estaba sentado en el lado derecho del pasillo, junto a la ventanilla. Eché un vistazo por ella, pero sólo vi la oscuridad más absoluta. Mi vaso cayó al suelo sin que el auxiliar se percatara. Rodó tintineando a lo largo del pasillo hasta que acabó por estrellarse contra la puerta de la cabina del piloto y se hizo añicos. «Los trocitos de cristal traen suerte», pensé sin creérmelo mucho.

El avión se bamboleaba de un lado y del otro, y de re-

mente se apagaron las luces. Tuve la impresión de que el motor de mi derecha había dejado de funcionar. No era sólo una impresión...

El Trident empezó a caer en picado hacia el mar.

La voz del comandante volvió a chirriar en los altavoces. Ya no estaba tan tranquilo. Pidió a los pasajeros que se preparasen para la evacuación. En plena noche, en plena tormenta, en medio del océano Pacífico.

Las mujeres empezaron a gritar. Se me taponaron los oídos y los ojos se me anegaron de lágrimas. El avión seguía precipitándose hacia el mar.

Después de un largo descenso, que me pareció eterno, el aparato consiguió enderezarse en una posición más confortable y se oyó de nuevo la voz del comandante, que anunció en la oscuridad: «En este momento volamos muy cerca del mar. El motor derecho ha dejado de funcionar. En breves instantes, procederemos a amerizar.»

Exhortó a los pasajeros a mantener la calma y precisó que, con un poco de suerte, podríamos amerizar cerca de una isla. Nos informó además de que un avión de aquel tipo podía resistir el impacto sin sufrir daños muy graves y que tal vez tendríamos tiempo de abandonar el aparato por las salidas de emergencia antes de que se hundiera.

Me di cuenta de que el aparato inclinado hacia un lado empezaba a describir círculos sobre la superficie del mar y deduje que tal vez nuestro maravilloso piloto estuviese buscando un lugar apropiado, una playa lo bastante larga para realizar un aterrizaje de emergencia.

Las luces de la cabina se encendieron. Las azafatas se levantaron de inmediato y comenzaron a repartir chalecos salvavidas. Maldije a los idiotas que los habían diseñado, porque con las prisas las cintas se enredaban e iba a ser un milagro que todos consiguiéramos ponérselo.

Las luces se volvieron a apagar. En el lado izquierdo del avión se iluminó un cono de luz brillante, las luces de aterrizaje, probablemente.

De repente, fue como si el aparato hubiese chocado contra un muro. Todos nos estampamos de cabeza contra los respaldos de los asientos de delante, la sangre salpicó los cojines y las luces se apagaron definitivamente. El ala que se veía por mi ventanilla osciló y acabó por desgajarse, arrasando con ella un trozo del fuselaje. En la oscuridad pude distinguir unas llamaradas, que sin embargo pronto desaparecieron.

Pueden imaginarse el caos que reinaba en el avión. Creí que habíamos chocado contra la ladera de un volcán melanesio, hasta que comprendí que simplemente habíamos amerizado. El agua es dura como la piedra cuando uno cae muy rápido o desde gran altura, y nosotros habíamos cometido ambos errores.

Pero lo que me extrañó nada más chocar contra el mar fue que éste no estuviese tan agitado como yo esperaba; las olas apenas alcanzaban un metro de altura. Más tarde comprendí la razón: el Trident se había precipitado en el interior de una barrera de coral.

A tientas, los pasajeros abrieron las puertas de emergencia y empezaron a saltar al mar. Noté que tenía los pies mojados, así que decidí imitarlos y me lancé al agua por el agujero del fuselaje donde había estado el ala del avión antes de desprenderse de cuajo. Como el chaleco salvavidas me mantenía en la superficie sin problemas, me quedé flotando heroicamente en las inmediaciones del agujero, dando consejos a voz en grito a los que todavía se encontraban dentro del aparato. Curiosamente el avión no parecía tener intención de hundirse en las profundidades, y la gente seguía saltando por la abertura del fuselaje.

Alguien había conseguido lanzar al mar una balsa salvavidas, en cuyos costados brillaban lucecitas. Poco a poco todos se iban acercando a ella chapoteando entre el oleaje y se asían a las sogas que la rodeaban.

Tonto de mí, en lugar de ponerme a salvo como hacían mis compañeros seguí nadando junto a la abertura del avión. Y, seguramente bajo los efectos de una conmoción cerebral, cometí una imprudencia aún más grave: me acerqué al agujero y me puse a gritar hacia el interior, sin prestar atención al hecho de que, en su voracidad, el mar había empezado a fluir a velocidad creciente hacia las profundidades del aparato. La enorme carcasa no dejaba de agitarse entre el oleaje y las olas me estamparon con tal fuerza contra su flanco, que varias de mis costillas consideraron pertinente romperse.

Ya no quedaba nadie dentro, así que mi demostración de heroísmo resultó encima innecesaria.

Finalmente, el avión comenzó a hundirse con gran rapidez, y fue entonces cuando me di cuenta de que tenía que salir huyendo a toda velocidad. A duras penas conseguí alejarme del gigante antes de que se hundiera. Su grandiosa carcasa me succionó y por unos segundos me arrastró bajo el agua, pero afortunadamente el chaleco me devolvió a la superficie.

La buena suerte o, mejor dicho, el hábil amerizaje del piloto británico me había salvado. Luego el mar hizo el resto, llevándome hasta la playa, donde conseguí salir del agua arrastrándome, no sin antes golpearme las rodillas repetidamente. Caí desplomado cuan largo era y me quedé allí, durmiendo por fin la mona que me había acompañado durante todo el vuelo de Tokio.

El agua me despertó lamiéndome los pies: tras el amezajaje forzoso de la noche anterior, me arrastré hasta la playa, donde me quedé dormido. Puede decirse que mi aspecto era deplorable: la arena húmeda y caliente se me había introducido en la ropa e incluso en los calcetines; el cinturón me apretaba y tenía el pecho dolorido.

Alzándome con gran esfuerzo, me despojé de las sandalias y escurrí los calcetines.

Al palparme el pecho, llegué a la conclusión de que por lo menos dos costillas se me habían soltado del esternón.

La arena estaba mojada. Mi reloj se había parado. A unos veinte metros se levantaba la espesa pared de una selva. Mi cartera seguía en su sitio, pero el contenido estaba empapado. El sol lanzaba sus ardientes rayos en una dirección que me resultaba extraña: de arriba abajo, casi en vertical. En el norte, las pocas veces que brilla, el sol apenas se alza sobre el horizonte, pero donde me encontraba ahora el sol brillaba efectivamente desde lo alto, muy por encima de mi cabeza. Aquello no debería sorprenderme desmesuradamente, pero por alguna razón me impresionó.

Estaba solo en la playa. Me aflojé la corbata, echada a

perder por culpa de la arena y del agua salada; por un momento dudé si arrojarla o no a las verdes olas, pero finalmente decidí guardármela en el bolsillo. Uno nunca sabe lo que puede llegar a necesitar en una isla desierta.

El lugar en el que me encontraba era una especie de ensenada: el mar espumeaba sobre la barrera de coral y al mirar a ambos lados vi los dos promontorios que delimitaban la playa; un cinturón de arena rodeaba el mar y tras él, como una pared, se alzaba la selva, cuyos árboles más altos se curvaban sobre la arena, igual que en la foto del mes de junio de un calendario Pirelli.

Estaba claro que había ido a parar a la zona cálida del Pacífico.

Aún llevaba puesto el chaleco salvavidas, completamente rebozado de arena mojada. Decidí quitármelo, porque me estaba haciendo sudar. Recordé lo complicado que me había resultado ponérmelo en el avión, pero despojarme de él fue aún más difícil. Las hebillas se habían atascado con la arena y las cintas de tela habían encogido tanto al permanecer en el agua, que me habían hecho rozaduras por todo el cuerpo. Un dolor punzante me atravesó el pecho al intentar liberarme del chaleco. Me sentía como un niño luchando con los cordones enredados de sus botas de esquí.

Al fin conseguí desembarazarme de él, aunque me había quedado casi sin resuello. Me apetecía un cigarrillo, pero la cajetilla se me había deshecho en el bolsillo y las cerillas, al mojarse, también habían perdido su utilidad. Tenía sed.

Eché a andar despacito a lo largo de la playa, hacia la derecha, es decir hacia el oeste, a juzgar por la posición del sol. Dejé atrás la ensenada y tras ella apareció otra, exactamente igual. Y tras ésta se abrió una tercera, y otra más... No había ni rastro de ninguno de los otros pasajeros del Trident. En la arena de la playa lamida por el mar no se veía

huella alguna. Continué mi camino bajo el sol abrasador. En una mano llevaba las sandalias sujetas por las correas; en la otra, el chaleco salvavidas, cuyas cintas iban dejando huellas en la arena, como si un ratón caminase a mi lado.

Sin duda debía de tener un aspecto penoso caminando de aquella manera, cubierto de arena, devorado por el hambre y la sed y encima sin tabaco. Pensé que todo aquello estaba a años luz del romanticismo que suele caracterizar a una isla desierta. Por suerte tampoco tenía testigos que se compadeciesen de mí.

Tuve tiempo de reflexionar sobre muchas cosas mientras vagaba por la playa. Maldita sea, pensé, un viaje tan maravilloso, meses y meses ahorrando, años de preparación, y todo se había ido al carajo. Pensé en mi familia, allá en Finlandia. Allí debía de ser de noche, así que, en cuanto amaneciese, iban a enterarse de que un avión fletado por las Naciones Unidas, en el cual viajaban unos cincuenta pasajeros entre enfermeras, médicos, trabajadores forestales y un periodista, se había precipitado al mar en algún lugar de la Melanesia. Supuse que se quedarían profundamente afligidos por aquel golpe de la fatalidad que me habría arrancado de ellos.

Pero ¿realmente me llorarían tanto? Traté de convencerme de que, después de todo, en Finlandia yo era un individuo más bien desagradable. Tal vez mi familia y demás allegados acogiesen la noticia con un suspiro de alivio. Cambiando de registro, me puse a saborear con deleite la desesperación de los míos: su llanto, el dolor, sus conternadas palabras e hipótesis sobre mi destino... ¿Y qué dirían los periódicos sobre mi desaparición? Mientras saboreaba aquellos pensamientos tan agradables, me di cuenta de que había llegado a otra ensenada.

Y allí tampoco había ni un alma.

Empezaba a sentir el cansancio. Anduve hasta el límite de la selva y me senté, pero me mojé el trasero y me levanté en el acto. Tuve que buscar un buen rato hasta encontrar un sitio medianamente seco. Maldije para mí aquel terreno: al menos en los bosques del norte había montículos, pero aquí sólo había hoyos y agua.

Sí..., agua, precisamente. Entre las raíces de los árboles se formaban oquedades, y en éstas, efectivamente, había agua... Cogí un poco en el hueco de las manos, y cuando me disponía a beber el líquido más bien tibio, me detuvo la idea de que tal vez estaba contaminado. ¿Cómo podía saber si era potable? Aquel territorio estaba lleno de sorpresas. Incluso recordé haber leído en alguna parte que, en el ecuador, el agua era extremadamente tóxica. Dejé que el líquido se escurriera entre mis dedos y contemplé mis palmas mojadas. Tenía la garganta seca; mi piel brillaba húmeda al sol.

Pensé en lamerme las manos, pero no sabía si atreverme. Me parecía un gesto temerario.

De repente mi cobardía empezó a parecerme divertida y, dejando a un lado mis reparos, me lamí las manos.

No pasó nada. Volví a mojármelas metiéndolas en la oquedad, me las lamí de nuevo y los síntomas de envenenamiento siguieron sin hacer acto de presencia. Repetí la operación varias veces. Todo parecía ir bien.

Finalmente, animado por la experiencia, me llevé el líquido a la boca, con la avidez de un caballo de las estepas. El agua estaba tibia, pero no era salada ni parecía contener ninguna sustancia con un efecto mortal inmediato.

Una vez saciada mi sed, volví a sentir unas ganas enormes de fumar. Me palpé los bolsillos del pantalón y comprendí lo que sentían los presos cuando se veían privados del tabaco.

Poniéndome en pie, empecé a azotar con rabia los ár-

boles, arbustos y lianas que había a mi alrededor con el chaleco salvavidas. Mi ataque de ira tuvo dos consecuencias inmediatas: el agua que me cayó de las copas de los árboles y algo frío y pesado que aterrizó en mi nuca; lo primero que pensé fue en una serpiente fría y viscosa.

Ni en sueños habría acertado más: cuando por fin conseguí despegármelo de la nuca, vi que se trataba realmente de una serpiente, un bicho verde y sibilante, de cabeza diminuta, que intentaba librarse de mis aterrorizadas garras. Lo lancé lo más lejos que pude y en un par de zancadas me planté de nuevo en la playa, donde me detuve, aterrorizado. Tenía la impresión de que aquel bicho repugnante podía seguirme hasta allí.

Naturalmente, no le dio por perseguirme. Pero a partir de aquel instante la selva me inspiró aún más terror.

Reanudé mi camino a lo largo de los arenales, con el chaleco salvavidas al hombro y un hambre miserable y perenne.

Caminé durante todo el día sin que nadie me viniese a preguntar adónde me dirigía.

Al caer la noche me senté en la arena, sumido en la tristeza. Quité el cristal a mi reloj de pulsera con el filo del cortaúñas, vacié el agua y soplé sobre el mecanismo, que se puso en funcionamiento. Volví a colocarle el cristal y moví las agujas hasta que éstas señalaron las cinco. Le di cuerda y allí mismo me eché a dormir. La arena caliente y húmeda me pareció comodísima después de una caminata tan larga.

Así fue mi primer día tras el amerizaje de emergencia. No me pareció que fuese como para tirar cohetes.